

Destrucción del ángel





Nan Chevalier

Reynaldo Paulino Chevalier (conocido en el ambiente literario como Nan Chevalier) es un escritor dominicano nacido en Puerto Plata en 1965. Ha publicado los poemarios *Las formas que retornan*, Búho, 1998; *Ave de mal agüero*, Letra Gráfica, 2003; *Espectros diurnos*, Búho, 2016; y *Presas de la inmediatez*, Editorial Funglode, 2017. Las colecciones de cuentos *La segunda señal*, Letra Gráfica, 2003; *El muñeco de trapos*, Editorial Funglode, 2012; *El domador de fieras y otros nanorrelatos* (minificción), Editora Nacional, 2014; y *La recámara aislante del tiempo*, Santuario, 2014. Las novelas *Ciudad de mis ruinas*, Letra Gráfica, 2007; *El hombre que parecía esconderse*, Alfaguara, 2014; *Viaje sin retorno desde un puerto fantasma*, Búho, 2015; *Payaso al caer la tarde*, Amargord, 2017; y *Tibieza*, Editorial Bienetre, 2023. Los libros de ensayos *Antihéroes onettianos: habitantes de proyectos fallidos*, Editorial Funglode, 2012, y *Pasión analítica. Apuntes sobre escritores dominicanos e hispanoamericanos*, Fondo Editorial Unapec, 2016.

Ha ganado varios premios literarios, entre los que sobresalen el Premio Nacional de Cuento “Juan Bosch”, Funglode, 2011; Premio Nacional de Minificción, Ministerio de Cultura de la República Dominicana, 2013; Premio Nacional de Poesía “Pedro Mir”, Funglode, 2016; Premio Nacional de Novela “Manuel Salvador Gautier”, Bienetre/Ateneo Insular, 2022; Premio Nacional de Ensayo “Pedro Francisco Bonó”, Funglode 2025; y Premio Nacional de Poesía “Pedro Mir”, Funglode 2025.

Estudios formales: 1988: Licenciatura en Letras, Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD); 1994: Licenciatura en Psicología, UASD; 2001: Especialidad en Lengua y Literatura, UASD; 2017: Maestría en Literatura Latinoamericana, Atlantic International University (AIU), Estados Unidos; 2019: Maestría en Literatura, UASD; 2021: Especialidad en guion de cine, Tech, España; 2022: Phd en Literatura Latinoamericana, AIU.

En la actualidad es director del Departamento de Español de la Universidad APEC; fue director de la Escuela de Letras de la Universidad Autónoma de Santo Domingo durante dos períodos (2002-2005 y 2005-2008).

Destrucción del ángel

Dr. Nan Chevalier

Sólo puedo decirles que en aquel tiempo ella era mía. Durante largos meses he rehuído escribir la historia; duele, a veces, saber que la culpa es nuestra, que nos llegó a destiempo la destrucción y el amor. Era un ángel, antes de la destrucción era el ángel que yo malogré con calculada paciencia.

He hablado del temblor de mis manos, de esta derecha que ahora escribe; pero debí ser más sincero y confesar que es el temblor de su cuerpo el que hoy persiste en mí. Sus espasmos en el momento del encuentro, su permanente fiebre de fríos labios corre aún por mi sangre, y no temo morir. Lo que temo es no poder resistir la ciudad cuando la ciudad ya no es la misma. Hubo una ciudad creada al calor de nuestros sueños, levantada sobre sábados a las seis de la tarde. La creamos y nos acogió en sus brazos, pero han pasado tantas cosas desde entonces, poco a poco mis manos empezaron a temblar, a escapar del cálido, ahora ilusorio, contacto de su cuerpo.

No me avergüenza comprobar que soy mi propia destrucción. Además, admito que pude evitar la caída y no lo hice. En ocasiones ella llegaba tiritando de miedo, de esperanza y proyectos quiméricos. Su delgadez se materializaba en la puerta y el tiempo no alcanzaba para las palabras, para ese mundo contaminado de palabras, de vagas y legendarias promesas. Sólo era su delgadez ansiosa y unas manos que la inventaban, que la inventariaban. Un cuerpo que surgía al roce de mis labios; y el llanto, esa premonición del porvenir. Y los espasmos de muerte, de la destrucción que ha sido nuestro amor.

También es cierto que en aquel tiempo yo la amaba. Con el mayor egoísmo que alguien jamás pudiera imaginar. La cereza de lo imposible magnifica el amor —dicen— y yo estaba absolutamente

seguro del fracaso, del final que se nos venía encima. Los libros eran entonces un estorbo, a veces una sábana blanca nos cubría el cuerpo. Pero la destruí. Con ella debo morir, porque ya estoy muerto; la ciudad nos ha condenado a nuestra propia suerte y no hay nada que hacer. Tan solo ayer lo hemos confirmado: nada más libre de significado que aquel espejo, el mismo que antaño nos forjaba tardes de imposible encanto. Debo morir esta última muerte, más definitiva quizás, pero también más dulce. Ella lo sabrá y acaso sienta asombro. Pero no llorará: sus lágrimas se han endurecido con la dureza clásica del fuego.

No debí regresar. Siempre escuché que no es bueno el retorno, que nunca habremos de encontrar lo que alguna vez fue. De no haber regresado no estaría hoy padeciendo el reencuentro, la atroz desolación de comprobar que de ella nada queda, es el espejismo de su anterior tristeza. Abandonarlo todo, es lo que debí haber hecho. No enfrentarme al desconuelo de ver allí a la que ya no existía, aquel espectro lleno de felicidad. Porque la destrucción le ha renovado las fuerzas, es casi una mujer feliz, con esa dicha de la calma que es estar muerto. No debí regresar; debí escapar desde el instante en que su sombra atravesó la vía sin prisa y con sus gloriosas piernas. Pude haber huido sin que me invadiera la fascinación del horror, el que me produjo la contemplación de huellas de amor sobre su piel. De amor, he dicho; debí anotar: de sexo.

Distraídamente he mirado el ruedo de su falda, un poco alborotado a esa hora. Estrujado por algunas manos lujuriosas, las manos que con certeza habrían hurgado en su intimidad. ¡Oh, Dios!, he sentido pena al sorprenderla doblando con suavidad su falda, como si en el acto quisiera protegerme, ocultar a mis

ojos su terrible secreto. Yo que participé del nacimiento de todos sus actos de mujer, que estuve allí cuando, niña aún, sus besos eran un desorden acelerado de humedad y celos. Yo que sentí su amor, su creciente dolor con cada una de mis mentiras interminables, he vislumbrado un nuevo gesto, casi despreocupado si obviara la ternura con que me miraba mientras ocultaba los pliegues de su falda. Y el corazón agitado, el mío temblando al no aceptar que era cierto, que la muchacha era la del amor, la de los juegos del amor.

No comprendo por qué me ha afectado tanto. Yo sabía desde hacía tiempo, yo conocía desde hace mucho tiempo, algunos detalles de su nueva vida, de su felicidad reciente y a lo mejor un poco apasionada, ¿para qué mentirme? Lo cierto es que sus ojos me miraban ya sin rencor (ya sin amor), acaso con cierta lástima; mientras la mano, ahora sólo un dedo, una niña, luchaba por borrar la evidencia. Deseé a la vez protegerla, evitar que mi pavor se contaminara con la aceptación, con alguna respuesta a las innumerables preguntas que surgirían.

Fue entonces cuando hablé del pasado, del incierto porvenir. Hice alusión (en ese momento no lo entendí, no supe por qué recurrí a los recuerdos; hoy lo veo con nitidez, ahora que nada tiene remedio), hice alusión a la pasión del verano, a nuestros singulares momentos de intimidad. Me miraba. Una lágrima o parodia de sonrisa se desvanecía. Me contemplaba desde muy lejos, imaginé que desde alguna seis de la tarde (luego me confesaría que desde un amanecer), con espejos en las paredes y las alas de hojas de las aves de Bidó revoloteando en el recuerdo. Sus ojos no estaban allí, pero yo continuaba...: “Y de la neblina en la playa, siempre en verano, ¿te acuerdas? ¿Y el rumor frenético de las olas y la canción de entonces, los recuerdas?”. Pero ella no estaba.

Ahora debo morir. La cobardía es asunto de los hombres, no de los amantes. Al fin entiendo. ¿Es de José Ángel Buesa? No existe mejor poesía que la rimada, debo acabarme de una vez por todas el veneno y terminar con la posibilidad de una

vida calmada en el futuro. Una vida poblada, verano tras verano, de recuerdos. (Puede ser, el verano, esa inmensa búsqueda bajo el fulgor del sol, resplandeciente. Puede ser, durante las noches, una estación de estrellas si anula el cielo, a fuerza de sombras, el resplandor agudo de cenizas de luz. Puede ser, por las tardes, amarillo púrpura de lejanías, al filo de las seis. Pero lo que sí es, el verano, es la estación a donde van a atracar los recuerdos, casi siempre agolpados, reunidos en un soplo que el viento nos trae en sus olores. Porque más que hechos, la memoria registra fragancias, variaciones breves de dicha o infierno en la piel y el tacto, de la intemporal silueta, fugaz, de los sentidos). Así que debo morir, pues si sólo en el pavor de vida tiene sentido, yo jamás tendré quien me haga sufrir. Jamás regresará tiritando de angustia ni sonreiré al palpar su martirio. He sorbido casi el fondo de la copa y sé que nadie leerá esta confesión, pues la lluvia del verano –qué paradoja– ha empezado a desfigurar con insistencia mi caligrafía. Bebí aún más la copa, el agua podría aminorar el efecto. La lluvia del verano, ese almacén de recuerdos.

El médico nunca me explicó que ciertos venenos fueran dulces. Apenas hablamos del efecto alucinante y del leve temblor en las extremidades. Sin embargo, mantengo inalterable el orden de mis ideas y apenas ciento un ligero dolor de cabeza. A veces llegaba bajo la lluvia de junio, antes de que yo la destruyera, la hiciera degenerar en una mujer feliz. Humedecido el rostro, besaba sus fríos labios y mis manos se enredaban en su pelo. Era todo un efecto de electricidad. Entonces lloraba, ella fascinada por el horror de las mentiras, por mi apariencia de sacerdote mientras mentía.

Ha empezado a darme vueltas la cabeza, pero aún queda un poco de licor. Si pudiera al menos sentir como antes, morirla de espanto. Da vueltas mi cabeza. El doctor sólo habló de un ligero sueño, jamás comentó acerca de este vértigo. Qué dulce debe ser la muerte cuando aún sientes miedo, flotar sin rumbo fijo a donde te lleve el vendaval. Se cierran mis ojos, debo esforzarme por terminar la carta, la lluvia podría aminorar el efecto. Pero no importa, lo que cuenta es esta confesión, la



Ilustración generada por IA. Fuente: freepik.es

que nunca realicé en mi vida, cuando tenía fuerzas para mentir, mentirme a mí mismo, negar que sólo se ama una vez, es lo que decía la gente y yo no podía admitirlo. La realidad ha sido más brutal, me ha mostrado, tarde ya, que se vive y se muere por un solo ser. Me lo advirtió el doctor: las alucinaciones son horribles, producen caos total del pensamiento y alteran la memoria. Pero no importa, lo que cuenta es esta confesión, un solo ser, aquel con quien aprendiste el camino, los olores, la manera de observar, de inventar el mundo. Son horribles y, tras liberarse el inconsciente, nuevas verdades afloran, emergen a la superficie. No regresará perturbada por las dudas, duele mucho, la cabeza, y el mundo de la vigilia, (le gustaba mucho la jodida frase) el mundo de

la vigilia, con el que convivimos cotidianamente, se derrumba. Debo morir porque ya está muerta, soy mi propia destrucción. Ya no puedo vencerlo, esta angustia de haber equivocado el camino, haber elegido, entre muchos, este infierno. Amor, cuando amor ya se ha ido, cuando apenas sus símbolos nos acercan.

También ella está asociada a mi propio nacimiento, a mi actuación de hombre dispuesto a quitarse la máscara, a despertar del sueño. Si pudiera elegir, si al menos pudiera evocar con tristeza todos sus recuerdos. Pero ya estoy muerto, las tardes más remotas son sólo palabras sin ningún efecto, muertos escenarios donde un día palpé el éxtasis glorioso de su cobardía. El mundo se derrumba

hasta quedar sepultado por otra realidad, más ajena a nuestros propios dominios, pero no por eso menos real. Se las daba de genio, el doctorcito ese, pero no conocía mis planes.

Hubo, entre todos, un amanecer, con espejos en las paredes y los gatos danzantes de Manet, luz de luna revoloteando en las sombras. Allí me confesó su compromiso, la pesadilla, también, del hijo muerto. Unidos cada vez más por la desgracia, la odié sin reservas, y el odio liberador nuevamente nos acercaba. Amanecer de las emociones nuevas, futuras muertas. Luego, mis propias desgracias. La certeza de lo imposible magnifica el amor – dicen – y yo tan convencido de nuestro fracaso. Renunciar a mis propias manías, a mis cada vez más frecuentes ímpetus de amor perro. Todo (qué lástima) para adaptar la intransferible irritabilidad de mis noches al cada vez menos dolorido quejido de sus lágrimas.

Gira alocadamente mi cabeza, siento deseos de vomitar. Este domingo triste pienso en ti dulcemente. Y mi vieja mentira de olvido ya no miente. Debo acabar la historia, inútil confesión. Mis manos están muy grandes, me cuesta moverlas. Ha degenerado en una mujer feliz. A veces pienso que el amor era una incesante ansiedad de nuestros cuerpos, de esos dos desenfrenos sin tregua. Dulce veneno. Se llamaba... Vuelvo a escuchar esa canción, ¿de dónde viene? Debo morir, enterrar conmigo cualquier posibilidad de retorno. Se llamaba Ubelia. El rumor frenético de las aves de la lluvia, la creciente sensación de vacío y soledad, eso era ella. ¿Qué hora es? “Sólo la inocencia admite protección”, ¿dijiste eso? Recuerdo la canción ¿Ubelia? No he querido escribir su nombre, es lo único que temo. ¿Es el temblor de su cuerpo el que hoy persiste en mí?

Ella no fue, entre todas, la más bella, pero me dio el amor más hondo y largo. Me envenenó el oasis. Doctorcito de mierda. Hubo además, un invierno, sin las manchas de amor, sin ese tormento. La odié sin compasión, perdí la voluntad cuando apareció, como un espectro. Y volvía y volvía a besar a Isabel en nuestro encierro. Recuerdo, además, otro intento, yo nunca había querido como

te odie en nuestro infierno. Faltan tus besos, y no temo morir, no debí jamás haber vuelto. A veces pienso que el amor era. ¿Qué decía sobre la memoria? Noelia de mi vida, volvía y los libros, un estorbo, la silueta intacta en los espejos. La ciudad no es la misma, faltan tus besos, tus diminutos senos rozando mis cabellos. Tus viajes por los puertos, sólo una vez en la vida, este licor, no tengo mis manos, ¿alguien ronda por ahí?

La lluvia, ese almacén de recuerdos. Un sorbo más, siento un gran sueño, creo que rima lo que escribo, ¿lo afirmaba el médico? Si tan solo pudiera hablarte, Rosanna de los bares. O al menos cruzarnos en la calle que tú amabas cuando todo era posible en la noche de tu invierno. ¿Es el temblor de su cuerpo el que hoy persiste en mí? A veces llegaba con el pelo alborotado y sus tacones negros, al parecer me ha mentido el médico, o ha sido la lluvia la que aminoró el efecto. Tus ojos verdes, ¿se mata uno por alguien o por lo que queremos? Natacha del sueño. Puede ser, el verano, esa estación adonde. Me acuerdo. En ocasiones traía un libro nuevo, recuerdo los detalles, la infamia, el largo amanecer en que murió tu perro. ¿Dónde andarás, Andrea, a quién le diste tu amor cuando nos lo negaron? Duele la cabeza, que participé del nacimiento de todos tus actos, duele coñazo me mato por ti, niña terrible, por las variaciones de dicha en la piel, poetas del coño, salimos salir a caminar, hola, ¿cuándo llegaste?, ¿tu nombre era? *They say that Allende is dead*. Sigue la lluvia, estoy cansado, cuando despierte la buscaré, te buscaré, niña que tu falda este domingo triste amor cuando amor nos, tanto joder para joderse uno, Magia, solo puedo decirles que en aquel tiempo duele duele duele y no sé cómo te llamas ¿has venido a buscarme? Para los nacidos bajo el signo de cáncer. No me avergüenza. ¿Quién eres tú, quién eres once de septiembre, qué vaina que más veremos a dónde van a morir los elefantes yo quiero ganarme un. Boston 3 - Yankis 1, hijo de la gran puta *they call him from the temple* quién eres tú quiénes, ¿Estéfany? ¿Lucía? Por quién me mato coñazo, duele y ns no sé ¿por quién se mata uno?, ns theycallme frm ns ns...